

guna grande accion personal, era muy querido; su pérdida fué llorada, y Camoens, cuyo génio no estimuló nunca, compuso en honor suyo un epitafio magnífico. Parece que los portugueses presentian, al entregarse á tan vivo dolor, que despues de este príncipe, vendria primero la pronta decadencia de su poder, y luego su humillacion. Los temores harto legítimos que les inspiraba el porvenir se trocaban en amor al pasado.

CAPÍTULO XII.

Reinado de Don Sebastian (1557-1578).

FAUSTA REGENCIA DE DOÑA CATALINA; INFLUENCIA DE LOS JESUITAS.—ABDICACION DE CATALINA; PODER OMNÍMODO DE LOS HERMANOS CAMERA (1562).—PELIGROS QUE AMENAZABAN ENTONCES AL IMPERIO PORTUGUÉS; FANATISMO.—D. L. DE ATAIDE HACE REVIVIR LOS BUENOS TIEMPOS DE J. DE CASTRO (1568.-1571).—LOS SUCESORES DE D. LUIS SON INDIGNOS DE ÉL.—DON SEBASTIAN SOLO PIENSA EN CRUZADAS; SUS IMPOTENTES CONSEJEROS.—MULEY AHMED IMPLORA SU AUXILIO; PREPARATIVOS; IMPRUDENCIA.—PRUDENCIA DE MULEY MOLUC; ATRAE Á DON SEBASTIAN; BATALLA DE ALCAZAR (4 DE AGOSTO DE 1578).—LA VICTORIA DE LOS PORTUGUESES SE CONVIERTE EN COMPLETA DERROTA; MUERTE DE D. SEBASTIAN.—IMPORTANCIA DE ESTA DERROTA.

Fausta regencia de D.^a Catalina; influencia de los jesuitas.

Cuando iba á nacer D. Sebastian (1554), una mujer desconocida y enteramente vestida de negro se presentó á su madre doña Juana, y la anunció con señales amenazadoras que pronto llegaria la hora fatal para la nacion portuguesa, y no bien hubo nacido, una cuadrilla misteriosa de espíritus infernales se puso á cantar y bailar en medio de las llamas, en el mismo patio del palacio, á los ojos de los consternados servidores de Juan III. Tales fueron las leyendas populares que se formaron mas tarde acerca de este desastroso reinado.

Muerto Juan III, su viuda Catalina, á quien legó la regencia, gobernó como él con celo y moderacion. Solo habia cambiado el nombre del soberano. D. Alejo de Meneses, á quien confió la regente la educacion del jóven rey, no era menos digno de este importante cargo, y bajo su buena direccion, don Sebastian no tardó en distinguirse entre los príncipes mas instruidos y mas discretos de su época. Los portugueses cobraron entonces

alguna confianza, pues es tal la condicion de los Estados sometidos al absolutismo, que toda su suerte depende de su soberano: decaen ó prosperan, segun la habilidad ó ineptitud, el zelo ó indolencia del señor.

Pero al paso que Catalina y Meneses sembraban con tanta solitud los gérmenes de un porvenir feliz, una secreta influencia minaba poco á poco sus trabajos: la de los jesuitas. Luis Camera, confesor del rey y su hermano Martin, no contentos con inspirar al real niño la profunda piedad que siempre mostraron sus abuelos, inocularon en su alma el fanatismo mas ardiente, la intolerancia mas feroz. Portugal necesitaba un rey, y ellos querian que fuese este un misionero, un fraile.

Sus afanes no fueron infructuosos, y llegado apenas á los diez años de su edad, imbuido en doctrinas y leyendas místicas, Don Sebastian solo pensaba en emplear su poder y su brazo en servicio de la religion. Anonadar la heregía, confundir á Mahoma, renovar las cruzadas y convertir al mundo, tales eran sus deseos; y al mismo tiempo contraia el solemne compromiso de no casarse nunca, para dejar espuesto su reino á todos los azares de pretensiones rivales. La mayor alegría que experimentó durante los primeros años de su reinado, fué obtener del papa el titulo de *rey obedientísimo*. Los jesuitas, que le habian inspirado tan humilde ambicion, estaban ya seguros de reinar en Portugal.

Abdicacion de Catalina; poder omnimodo de los hermanos Camera (1562).

Vanos fueron los esfuerzos de Catalina y del anciano Meneses para sustraer al rey de esta funesta dominacion. Don Sebastian se obstinó en cerrar los ojos, y Catalina, cansada del poder por las tenebrosas intrigas con que de continuo tenia que luchar, resolvió abdicar la regencia, llevando á su retiro tristes pero justos presentimientos (1562). Aunque el infante D. Enrique, cardenal é inquisidor general, fuese mejor segun la opinion de los hermanos Camera (1), tampoco le dejaron por mucho tiempo la auto-

(1) Hé aquí lo que les escribia el venerable obispo Osorio: «Os habeis convertido en las personas mas destéstables que Portugal ha conocido nunca antes y despues de D. Pedro el Cruel. Los portugueses aseguran todos que mas valdria para ellos el gobierno de los turcos... Al pueblo y al rey no podia sucederles desgracia mayor que vuestro poder.»

ridad; y apenas su discípulo rayó en los catorce años, le excitaron á reclamar el gobierno. El advenimiento de D. Sebastian, ó mejor de los jesuitas, data del 20 de enero de 1568. Solo Meneses les hacia aun alguna sombra, y hubo de seguir á la reina madre y al infante.

Los resultados de este triunfo para Portugal fueron la ciega admision de todos los cánones del concilio de Trento, muchos de los cuales han sido constantemente rechazados por la Francia; la multiplicacion de los jesuitas; la extension de la inquisicion, á pesar de las deplorables consecuencias que ya producía; y en fin, la depravacion de las buenas prendas que recibió de la naturaleza D. Sebastian cuya mal ordenada actividad fué muy en breve funesta. Esperando llegar á la edad de distinguirse entre los infieles, solo se ocupó en cazas interminables por los montes, en marchas forzadas á través de las provincias, en caballos indómitos que queria subyugar á riesgo de matarse cien veces, y en navegaciones aventureras por el Tajo y por la costa del Océano. Parecia que su único deber era hacerse intrépido, siendo así que en sus violentos ejercicios solo aprendió á ser temerario y caprichoso. Pero qué les importaba esto á los señores de D. Sebastian y de Portugal? Reinaban sin rivales, y nada era para ellos lo demás.

Y sin embargo, el reino tenia necesidad de un buen gobierno. Por grandes que fuesen aun su aparente poder y su riqueza, los fundamentos en que descansaba su poderío esto es el imperio de las Indias, no cesaban de desmoronarse cada dia y no habia momento que perder para robustecerlos. D. Sebastian no quiso comprenderlo.

Peligros que amenazaban entonces al imperio portugués; fanatismo.

Si las victorias y conquistas son señales infalibles de prosperidad, no cabe duda de que la grandeza colonial de los portugueses se sostuvo aun durante los primeros años de D. Sebastian, bajo el gobierno de D. Constantino de Braganza (1557-1561), de D. Francisco Coutinho (1561-1564), de J. de Mendoza (1564), y de Antonio de Noronha (1564-1568). La conquista de las ciudades de Damon y Balzar; la conservacion de las de Cananor, Cota, Colombo y Malacca; la ocupacion de la isla de Manar; la completa

derrota de los reyes de Jafanapatam y Cambaya, y la represion de las frecuentes rebeliones del Malabar, prueban que no habian perdido aun toda su energía en el seno de la victoria y bajo el apacible cielo del Asia. Pero aparte estas luchas siempre renacientes y las ventajas parciales que obtuvieron entonces los indios en Ponicalé, Balzar y Banarem, ¿cómo negar que los progresos de la corrupcion entre los europeos y el odio entre los vencidos, destruian todo el fruto de aquellos brillantes triunfos? La caída del imperio portugués en Asia no era ya mas que una cuestion de tiempo.

Estos peligros aumentaron cuando á los males de su habitual tiranía hubieron los portugueses añadido las crueles persecuciones de un fanatismo cada vez mayor. Ya no bastó que Goa fuese la residencia de un arzobispo; que Malacca y Cochín tuviesen obispos, sino que en 1560 se estableció en Goa la inquisicion, y desde entonces ya no hubo sosiego para los cristianos acusados de tibieza, ni piedad para los idólatras. Las Indias portuguesas tuvieron dos virreyes, y el mas poderoso fué á menudo el inquisidor general.

De aquí el carácter cada vez mas marcado de las luchas que estallaron entre orientales y portugueses. Tratábase ya mucho menos de libertad y de riqueza, que de defender la religion y de rechazar el nuevo tribunal. Exaltando así entre los indios el sentimiento religioso, los inquisidores lograron convertir los hombres mas medrosos en temibles enemigos. Citemos una prueba de esta intolerancia.

Entre los ricos tesoros del rey de Jafanapatam habia un diente de mono, reliquia venerada de los indios, por haber pertenecido, segun decían, al poderoso dios Hanimant. Cuando Brahma, irritado contra él, lo hubo transformado en mono, Hanimant fué á vivir con sus cómplices en el país de los Badajes, en donde reinó; pero moviéndose disturbios en la divina colonia, Hanimant resolvió vivir retirado en la isla de Ceylan, á donde pasó franqueando á saltos el estrecho que la separa del continente, y en donde vivió en efecto en medio de una absoluta soledad. Muerto el dios mono, los habitantes de Ceylan le rindieron homenaje, y el rey de la isla conservó preciosamente uno de sus dientes, el que pasó desde sus manos al rey de Jafanapatam, y desde las de este á las de los portugueses.

¿Puede haber algo mas inocente que esta tradicion? ¿qué ventaja podia resultar de lastimar por tan poca cosa las supersticiones de los indios? Sin embargo, cuando D. Francisco de Braganza se proponia abandonar el diente divino al soberano de Pegú en cambio de tesoros considerables, los nuevos dueños de Portugal y de las Indias intervinieron en nombre del cristianismo ultrajado. Fué preciso ceder, y el diente de Hanimant, fué entregado á las llamas vengadoras. Los indios lloraron en secreto esta profanacion, y odiaron mas y mas á los cristianos. Algun tiempo despues los jesuitas se mostraron en China mucho menos intolerantes y mucho mas prudentes.

D. L. de Ataide hace revivir los buenos tiempos de J. de Castro (1568—1571).

Entre los generales que sostenian todavia el honor de Portugal, habia uno que ocupaba hacia tiempo el primer lugar por su raro talento y su noble carácter: llamábase D. Luis Ataide, y D. Sebastian le eligió cuando temeroso en fin de los inminentes peligros que corria el Oriente, quiso darle un buen defensor. Acabábase de saber que los habitantes de Amboina habian expulsado á los portugueses, que las islas Molucas estaban en iguales disposiciones, y que todos los soberanos de la India, desde Malacca á Diu, tramaban secretamente una coalicion decisiva.

No bien empuñó Ataide las riendas del gobierno de las Indias (1568), estalló la conspiracion anunciada. El rey de Cambaya se arrojó sobre Chaul, Bacaim y Damao con ciento cincuenta mil hombres; el de Achem sobre Malacca con numerosas fuerzas; el de Ternate sublevó las Molucas; el Zamorin se encargó de reconquistar á Cananor, Cochin y Mangalor, é Hidal-Khan de apoderarse de Goa con noventa mil soldados, mientras que todos los comerciantes europeos de Surate caerian prisioneros, y que el Oriente entero se levantaria para recobrar su libertad.

En vista de tantos peligros, desmayaron los mas valerosos, y los mas atrevidos aconsejaban á Ataide que abandonase las posesiones lejanas para consagrar todas sus fuerzas á la salvacion de Goa y del Malabar. «No, les dijo, no quiero ceder nada. Mientras yo viva, nuestros enemigos no nos quitarán ni un palmo de terreno.» Juan de Castro no hubiera hablado mejor, y Ataide probó

luego que Castro tampoco habria podido obrar con mas acierto.

Muy ageno de pensar únicamente en Goa, de la que se reservó la defensa, envió al punto trece buques á Malacca, cinco á Surate, otros á Cochin, á Ceylan, etc.; y como el arzobispo de Goa, segun la costumbre, trataba de mezclarse en su conducta: «Monseñor, le dijo, estos asuntos solo atañen á nosotros; rogad vos al cielo que los bendiga.» En seguida llevó su audacia hasta el extremo de autorizar la salida ordinaria de los buques que debian conducir á Portugal los tributos anuales del Indostan. Sus mas apremiantes necesidades no le impedian acordarse de las de su patria.

Al desplegar tan desdeñoso atrevimiento contra una liga bajo cuyos golpes parecia próximo á desaparecer todo el imperio portugués, vióse luego que Ataide no habia confiado demasiado en sí mismo y en los europeos. Cuando á los diez meses de esfuerzos sobrehumanos hubo cumplido su promesa arrancando él mismo á Goa de las manos del temible Hidal Khan, supo con orgullo muy legítimo que ninguna de las ciudades sitiadas habia faltado á su confianza; que todas las que aun no estaban salvadas, luchaban al menos con estremada energía; y que la gran conspiracion del Oriente caia en completa disolucion. Ataide acudió sin demora en auxilio de Chaul, cuyo sitio hizo levantar, y desde allí voló contra el Zamorin, quien perdidas sus esperanzas, hubo de comprometerse á no equipar ya ningun buque de guerra. Entretanto Malacca, amenazada por el poderoso rey de Achem, se libraba ella misma de la manera mas gloriosa, y cuéntase que Lopez Carrasco combatió allí tres dias enteros con un solo buque contra toda la escuadra de aquel príncipe, y que por último alcanzó la victoria. Entonces el desalentado Oriente volvió á la obediencia.

¡Maravillosa influencia de un grande hombre en el destino de los imperios! No solamente restableció Ataide el poder material de los portugueses, sino que supo enaltecer tambien con sus palabras y su ejemplo las olvidadas virtudes de los primeros tiempos. El entusiasmo de que henchia los corazones de todos, los purificaba de toda corrupcion y los abria á sentimientos generosos.

Los sucesores de D. Luis son indignos de él.

Esta feliz trasformacion del Oriente fué por desgracia de corta duracion. Al cabo de tres años escasos, Luis de Ataíde fué llamado á Europa, y mientras D. Sebastian se honraba conduciéndole él mismo por las calles de Lisboa á la catedral para dar gracias al Todopoderoso, los hombres á quienes dejaba reinar en su nombre parecian gozarse en hacer irremediable la decadencia que aquel gran capitán habia precavido tan gloriosamente.

No bastó que se impusiera á Antonio de Noronha la pesada sucesion de Ataíde (1571); sino que se dividió el Oriente en tres partes, se confiaron dos de estos departamentos á gobernadores particulares, y se redujo á una vana supremacia la autoridad del virey. Antonio de Noronha solo recibió pues el gobierno de la India, desde el cabo Guardafui hasta Ceylan; Francisco Barreto el del Africa hasta Monomotapa, y Moniz Barreto el de Malacca, desde Pegu hasta la China. Así, pues, con esta division se organizaba la anarquía entre los europeos, enervando la resistencia en el mismo momento en que los orientales comenzaban á comprender la necesidad de coaligarse.

Por esto fué deplorable la administracion de Antonio de Noronha. Atacado por los indios, calumniado por sus dos cólegas, y falto casi siempre de dinero y de soldados, ¿qué podia hacer? Esto no obstante, le hicieron un crimen de su impotencia, y en vez de estudiar sinceramente las causas de ella, le enviaron desde Lisboa una órden formal de destitucion. Los ministros de D. Sebastian encargaron al arzobispo de Goa que la comunicase á Noronha é invitiese en su lugar á Moniz Barreto, con el título mas modesto de gobernador. El de virey desagradaba sin duda al dominante primado de las Indias.

Moniz Barreto correspondió mal á la impaciente ambicion que habia manifestado bajo Noronha. Mientras uno de sus mejores oficiales, Tristan Vaz de la Veja, lograba rechazar otra vez de los muros de Malacca el poderoso ejército de la reina de Japare, otro se veia obligado á abandonar Ternate y las islas Molucas. Por muchos que hubiesen sido los peligros á que hasta entonces estuvo expuesta la dominacion de los portugueses, aquella era la primera vez que retrocedian delante de los asiáticos. Barreto ex-

pió su derrota con una gran desgracia: se le envió á gobernar el Monomotapa (1575); pero ni Lorenzo Tavora, el cual no llegó siquiera á las playas índicas, ni D. Diego Meneses, que le reemplazó, pudieron restaurar el perdido poder de los portugueses. Don Luis Ataíde, á quien se recurrió de nuevo (1578), solo pudo conseguir restablecer momentáneamente la tranquilidad; y mientras continuaba luchando con mas energía que éxito contra las dificultades cada vez mayores de su alta posicion, supo que su país no se pertenecia ya á sí mismo.

D. Sebastian solo piensa en Cruzadas; sus impotentes consejeros.

Al paso que la nacion portuguesa conservaba con trabajo los recursos necesarios para sostener los preciosos restos de su imperio colonial, D. Sebastian apartaba sus miradas del Oriente para fijarlas ansioso en Africa. Tiempo hacia que su mas vivo deseo y su mas ardiente ambicion consistian en renovar contra aquel país las grandes expediciones de Juan I y Alfonso V, en vencer á los musulmanes y en reconquistar siquiera las plazas abandonadas por Juan III. En vano los hombres mas ilustrados de su consejo le suplicaban que desistiese de sus proyectos: el rey queria fanática y absolutamente una cruzada. ¿Qué importa que los dos hermanos Camera aprobaran ó no su designio, toda vez que este era la inevitable consecuencia de la exaltacion religiosa que le habian inspirado?

Cuando D. Sebastian quiso seguir su inclinacion, tenia veinte años y corria el de 1574. Desembarcado con algunas tropas ligeras cerca de Tánger, se entregó á la caza en los montes vecinos, rechazó á los moros y prendió á algunos; pero vuelto á Lisboa, embriagado con este primer triunfo, pensó mas que nunca en la satisfaccion de hollar con sus piés el suelo musulman, y en la gloria de regarlo con sangre de infieles, en tanto que el Oriente le incitaba vanamente á una cruzada mucho mas temible, mucho mas útil que cuántas pudiera intentar contra las estériles costas de Marruecos!

El continuo progreso de una deplorable exaltacion inspiraban los mas serios temores á los consejeros del jóven rey, los cuales se esforzaron todo lo posible para disuadirle de su intento. «Un rey, le decian, debe pensar mas en proteger á sus pueblos que

en atacar á los demás... ¿A qué cambiar una religion de amor en una religion de guerra?... La guerra no se prepara ahora contra los moros, sino contra el mismo Portugal, y esto sin que lo sospecheis.» Vanas palabras! El ascendiente cada vez mas irresistible de los Camaras cerraba los oídos del rey á la voz de la razon, y viendo que el anciano J. de Mascarenhasse permitió un día reprenderle con toda la autoridad de la edad y del mérito, el rey convocó á varios médicos para saber si el valor disminuía con los años; dijéronle que así era en efecto, y esta declaracion acabó de extraviarle. Instábasele para que al menos contrajese matrimonio, y hasta se entablaron negociaciones con Enrique III sobre el particular; pero el rey rechazó con horror esta proposicion: el discípulo de los Camaras no veía en el matrimonio mas que un pecado y una cortapisa.

En aquel entonces tuvo el rey *obedientísimo* una larga entrevista con el rey católico Felipe II, quien aprobó la resolucion de D. Sebastian, como es fácil comprender; pues á vencer el portugués, el Africa cesaba de amenazar las costas de la España meridional, y si sucumbia, Portugal debía tambien sucumbir pronto.

D. Sebastian y sus jóvenes amigos no aguardaban pues sino ocasion, cuando se presentó esta bajo una forma muy seductora.

Muley Ahmed implora el auxilio de Portugal.

Hacia ya muchos años que dos príncipes musulmanes se disputaban la posesion de Marruecos. Hijo del cherif Abdallah, Muley Ahmed le habia sucedido; pero Muley Moluc, su tío paterno, no quiso reconocerle, é invocando contra él la ley marroquina, se presentó como heredero legítimo. Muley Ahmed se resistió enérgicamente, pero era mulato, lo cual disminuía su ascendiente, é inhábil por añadidura, mientras que su rival habia aprendido en Constantinopla las artes europeas. Vencido en tres batallas, embarcóse para España y vino á implorar el auxilio de los cristianos.

El poderoso Felipe II, á quien se dirigió primero, recibió mal sus ruegos. ¿Qué mucho si este príncipe hacia los mayores esfuerzos para imponer á la Europa el reinado esclusivo del catolicismo y de la casa de Austria? Vencedor de los turcos en la ba-

talla de Lepanto, luchaba con éxito contra los Países Bajos sublevados, apoyaba á María Estuardo en Inglaterra, excitaba á la Irlanda, organizaba la Liga en Francia, intervenía en las cuestiones escandinavas y polacas, y dominaba en todas partes, ya por su oro, ya por el prestigio de una civilizacion superior. A buen seguro que para tales empresas no le sobraba el poder heredado de Carlos V, ni los tesoros del Perú. No quiso pues distraerse, y quizás dirigió á Portugal los inciertos pasos de Muley Ahmed.

D. Sebastian era el protector que necesitaba el príncipe fugitivo. No bien llegó este, fué decretada la guerra santa. Ni los consejos de los prudentes, ni las súplicas de la reina madre y del infante D. Enrique, ni las advertencias de los oficiales del mismo Muley Moluc, pudieron disuadir á D. Sebastian. Decíase que Dios mismo parecia enseñar el camino del Africa á los portugueses, y que Muley Ahmed era el instrumento de que se valia para despertar su ardor.

Pero léjos de seguir apresurados los pasos de su rey como en tiempo de Juan I ó de Alfonso V, los portugueses dejaban con sentimiento su trabajo por la espada del cruzado, y D. Sebastian reunió apenas nueve mil soldados, siéndole preciso completar su ejército con aventureros de Castilla, de Alemania y de Italia, á pesar de cuyos refuerzos, sus tropas llegaron escasamente á diez y ocho mil hombres. ¡Qué ejército para tamaña empresa! El anciano duque de Alba, que debía acompañar al rey, no quiso consentir en ello sino con la condicion de mandar en jefe, y como no fué aceptada, desaparecieron las únicas garantías de buen éxito que tenia la expedicion.

Fué tal la imprevision de los cruzados, que al zarpar (24 de junio de 1578) solo tenían víveres para ocho dias. Todos corrían á la guerra como á un torneo, como á una fiesta, con sus mas ricas armaduras, y seguidos de una confusa multitud de hombres, mugeres y niños que esperaban participar del botin.

Prudencia de Muley Moluc; batalla de Alcazar (4 de agosto de 1578).

Muley Moluc, por el contrario, no habia omitido ninguna precaucion. Aunque habia reunido unos cuarenta mil ginetes y diez mil infantes, no quiso exponer inmediatamente su corona á los riesgos de una batalla; conocia muy bien la impetuosidad de su

jóven enemigo, y prefirió darle ancho campo, enardeciéndole con algunos triunfos sin consecuencia. Sus tropas recibieron la orden de hostigar siempre á los cristianos y de huir lentamente, para atraerles hácia un punto, donde pudiesen destrozales con seguridad.

D. Sebastian se mostró afanoso de justificar las previsiones del scherif. No bien hubo desembarcado en Ercilla, cansado de aguardar á los infieles y corrido de no triunfar sino en escaramuzas, resolvió internarse y acabar cuanto antes con una gran jornada. Dirigióse pues hácia Larache, sin hacer caso de los numerosos rios que le cerraban el paso, ni de los calores sofocantes, ni de la fiebre, ni de los consejos de Muley Ahmed. El rey corría á su perdición; y sin embargo debía saber que Muley Moluc, atacado tiempo hacia, de una enfermedad cruel, se hallaba con un pié en el sepulcro; de modo que bastaba esperar algunos dias mas. Esta idea, léjos de hacerle prudente, redoblabá su impaciencia: el rey temía que la muerte anduviese mas lista que él, y que asegurando su triunfo, le arrebatase su gloria.

Regocijóse pues cuando en la mañana del 4 de agosto de 1578 vió delante de su campamento al ejército de los infieles y al mismo Muley Moluc, que habia reunido para aquel gran dia todo el vigor que le quedaba. El scherif habia colocado su caballería en forma de media luna para envolver á los portugueses, y su hermano Hamet, que la mandaba, juró vencer ó morir. La infantería se situó delante. Tendido en una litera y agobiado de dolores, pero comunicando á todos su valor, Muley Moluc procuró que su último dia fuese el mas hermoso. En este momento D. Sebastian ocupaba una posicion excelente. Colocado entre el rio del Makhzen y unos pantanos anchurosos, sin moverse de allí podia evitar la batalla ó no ser acorralado; pero abandonó luego aquel punto para situarse en medio de la inmensa llanura de Alcazar. El que le habia determinado á combatir así bajo un sol abrasador, era Aldaño, jefe de los castellanos suministrados por el rey Felipe II. ¿Por qué este fatal consejo del jefe castellano? Era exceso de ardor? era traicion?

El ejército portugués estaba colocado de la manera siguiente: en el centro una fuerte masa de infantería rodeada de 36 cañones; en el ala izquierda se veía al rey, y en la derecha al duque

de Aveiro. Pero todo esto con tal desórden, que los cristianos parecían correr en busca de una derrota. En nuestros dias hemos visto que un ejército menos numeroso ha combatido casi en los mismos lugares contra otros tantos enemigos, y que el resultado de la lucha ha sido muy diferente. Los portugueses carecian sino de valor, al menos de un jefe capaz de emplearlo con ventaja.

La batalla comenzó con un fuego de artillería mas mortífero para los portugueses que para los musulmanes. Entonces D. Sebastian gritó: *Santiago!* y á esta señal convenida, todo su ejército se echó sobre el enemigo. Fué tal la impetuosidad de su arremetida, que se rompió inmediatamente la infantería de los marroquíes, y las primeras filas de los cristianos, desbaratando tambien su caballería, llegaron hasta la tienda del mismo Moluc. Pero este, á lo que dicen, saltó de su litera, rechazó al enemigo y restableció el combate, con lo cual acabó de perder sus fuerzas. Desmayóse, y vuelto á colocar en su litera, expiró acercándose el dedo á los labios. Esta señal fué respetada. El renegado genovés ó portugués que mandaba á los infieles se dirigió varias veces al lado de la litera, separó sus cortinas y fingió que recibía órdenes, para que la muerte del scherif no entibiase el valor en el momento en que el peligro era mas inminente.

La victoria de los portugueses se convierte en completa derrota; muerte de D. Sebastian.

En efecto, los portugueses triunfaban; pero se introducía ya el desórden en sus filas, y el mismo D. Sebastian estaba herido en el hombro, cuando la innumerable caballería de los musulmanes cayó sobre los dispersos cristianos. Al punto se oyó el funesto grito de *atrás!* sin que pueda saberse quien lo dió primero, y de pronto un deplorable pánico cambió en horrorosa derrota un triunfo casi seguro. Todos huyeron escepto algunos que continuaron peleando por el honor de su nombre y de su fe.

Entre los héroes de esta triste jornada, citemos en primer lugar al rey, que cumplió dignamente las brillantes promesas que hizo á sus soldados al principiar la batalla. Aunque herido y sin esperanza, no cesó de lidiar, y habiéndole dado Albuquerque un caballo para que huyera, volvió con él al combate. Jamás demostró mejor que el valor es la prenda menos apreciable de un ge-

neral. El rey combatió como Juan el Bueno en Poitiers, y si fué, como él, el mejor soldado de su ejército, fué, como él, el principal autor de su ruina.

D. Sebastian no dudaba ya de su derrota, cuando encontrando á uno de sus mas valientes capitanes, le preguntó por el estandarte real. «Está salvado, le dijo Luis de Britto, enseñádoselo arrollado al rededor de su brazo; pues rodea un brazo que sabrá defenderlo.—Abracémoslo y muramos con él, respondió el rey.» Y en efecto, lanzándose de nuevo á la refriega, combatió con indomable ardor. En vano le suplicaban que se dejase prender y que mirase por su vida; el rey solo queria morir, y continuaba matando, hasta que por último, despues de ver expirar ó caer prisioneros á todos los suyos, despues de haberse visto él mismo en poder del enemigo, se alejó sin que nadie le persiguiera. ¿A dónde fué á parar entonces? Nadie lo sabe. ¿Retrocedió acaso para no sobrevivir á su vencimiento? ¿Diéronle muerte los marroquíes que se disputaban la posesion de su persona? ¿Hiriéronle tal vez léjos del campo de batalla, allí donde al dia siguiente le reconoció su page á pesar de las numerosas heridas que le desfiguraban?

Muley Ahmed nada habia omitido para prevenir tan terrible catástrofe. Cuando despues de combatir con valentía, comprendió que ya no habia esperanza, resolvió librarse de la desgracia comun, y seguido de algunos centenares de ginetes, dirigióse á Arzila; pero llegado á las orillas del Makhzen, no pudo encontrar el vado, y acrecidas las aguas por la marea que sobrevino, pereció en ellas miserablemente en presencia de sus compañeros. Así terminó la batalla de los tres reyes; de suerte que el único príncipe que quedó para recoger el fruto de esta gran jornada, fué el hermano de Moluc, Hamet, á quien las tropas victoriosas del renegado Talabo proclamaron sherif en el campo de batalla de Alcázar Quiver.

Importancia de esta derrota.

Cuantos portugueses quedaron en el campo de batalla, cuantos cayeron prisioneros, cuantos se refugiaron en la escuadra que cruzaba delante de Arzila, nadie puede decirlo todavía atendidos los contradictorios asertos de los escritores contemporáneos. Pero si bien son inciertos los resultados materiales de aquella gran

jornada, lo incontestable es que con ella terminó tristemente el glorioso período de la historia portuguesa. El dia anterior aun, ¡cuánto esplendor y cuántas esperanzas, á pesar de algunos gérmenes de decadencia! El dia siguiente, cuánto abatimiento! cuántos temores! Bastaron la destruccion de un ejército y la muerte de un rey para cambiar tan completamente el aspecto de las cosas, para realizar tan completamente los temores que despreciara D. Sebastian.

Cuando se supo en Lisboa y en Portugal la fatal noticia, quedaron todos consternados, conociendo que acababa de sucumbir, no solamente el ejército de D. Sebastian, sino la fortuna de su país. ¡Adios gloria, adios grandeza, adios imperio tan milagrosamente adquirido, tan gloriosamente conservado! Ya es llegada la hora de la decadencia; Portugal ha de caer despues de la pérdida de tan valientes soldados, despues de la muerte prematura de un soberano sin posteridad. Todo el duelo nacional se resume en estas palabras de Camoens moribundo. Cuando conoció la herida que su patria acababa de recibir, sondeó toda su profundidad, y alegrándose de morir, exclamó: «¡Al menos muero con ella!» Camoens no habia vivido sino para ella, no habia cantado sino á ella, y merecia no sobre vivirla.

CAPÍTULO XIII.

Ojeada sobre la literatura portuguesa; Camoens muere con su país.

ANTIGÜEDAD DE LA LENGUA PORTUGUESA; PRIMEROS MONUMENTOS DE ESTA LENGUA EN PROSA Y EN VERSO.—LA POESÍA SE DESARROLLA BAJO LA INFLUENCIA DE LAS GRANDES EMPRESAS DE PORTUGAL.—ORÍGEN Y NACIMIENTO DE CAMOENS (1525).—JUVENTUD DE CAMOENS; SUS PRIMERAS POESÍAS; SU DESTIERRO; PLAN DE LAS LUISIADAS.—PARTE PARA AFRICA, Y LUEGO PARA LAS INDIAS; SUS HECHOS; SUS VERSOS.—DESTIERRO DE CAMOENS; SUS LARGOS INFORTUNIOS.—VUELVE POR FIN Á LISBOA; GLORIA Y MISERIA; SU MUERTE.

Antigüedad de la lengua portuguesa; primeros monumentos de esta lengua en prosa y en verso.

Maravillosa coincidencia! En el mismo momento en que Por-